



Artículo de Revisión de Tema

Marianismo y machismo en *La Virgen de los Sicarios* de Fernando Vallejo

Juan Carlos Hernández Palencia¹

“... más desgraciadas que los hombres, las mujeres tuvieron que pensar y reflexionar antes que ellos; fueron las primeras en saber que el placer no llegaba nunca a la idea que del mismo se forma y que la imaginación va siempre más lejos que la naturaleza...” (Rousseau).

● Resumen

El presente texto –que funciona quizás más como pretexto para realizar una aproximación al tema– propone una lectura desde el concepto de marianismo y machismo, planteado por Norma Füller, a la novela de Fernando Vallejo con el fin de reflexionar en torno a las figuras “sociales y culturales” que en ella aparecen, para desplegar desde ahí un ejercicio de lectura diferente sobre la literatura provocadora de este autor y provocar a su vez un contrasentido en sus interpretaciones.

Palabras clave: literatura colombiana, análisis literario, género e identidad, literatura y ciudad.

¹ Docente investigador en la Facultad de Educación de la Universidad de San Buenaventura, seccional Medellín. Profesional en estudios literarios, especialista diseño curricular de FLACSO, con maestría en literatura. Es estudiante de doctorado en letras de la Universidad de Buenos Aires de Argentina.

Contacto: Juan.hernandez@usbmed.edu.co

FECHA RECIBIDO: 10 - 11 - 2016 / FECHA ACEPTACIÓN: 16 - 11 - 2016



Marianismo e machismo em *La Virgen de los Sicarios* de Fernando Vallejo

● Resumen

O presente texto –que funciona talvez mais como pretexto para realizar uma aproximação no assunto– propõe uma leitura desde o conceito de marianismo e machismo, abordado por Norma Füller, à novela de Fernando Vallejo com o fim de refletir em torno às figuras “sociais e culturais” que nela aparecem para estender desde aí um exercício de leitura diferente sobre a literatura provocadora deste autor e provocar por sua vez um contrassentido nas suas interpretações.

Palavras chaves: literatura colombiana. análise literária. gênero e identidade. literatura e cidade.

Marianismo and Male Chauvinism in Fernando Vallejo's *La Virgen de los Sicarios*

● Abstract

this article –that perhaps works more like pretext to make an approach of the subject– proposes a reading from the Marianismo and chauvinism concepts, suggested by Norma Füller, in Fernando Vallejo's novel with the purpose to reflect about the “social and cultural” characters which appear in it, to deploy from it a reading exercise about provocateur literature of this author and to cause, at the same time, a contradiction in terms of its interpretations.

Key words: colombian literature. literary analysis. gender or identity. literature and the city.

● Introducción

A partir de una primera aproximación a *La virgen de los sicarios* podría pensarse que la imagen del sicario era un mito de “hombría”, de machismo absoluto, y que en el fondo, esa parte homosexual que se le adjudicaba era una forma de ridiculizarlo, de hacerle mala propaganda a uno de “los mejores productos” de exportación regional: la muerte empacada; es más, podría pensarse que la cultura y la identidad antioqueña, de la cual había que sentirse completamente orgullosos, se ha venido “desbarajustando” con eso de que “el que peca y reza empata” y “pa’ atrás ni pa’ tomar impulso”, así se dirija de cabeza al precipicio.

Así, sobre el relato de esta novela y sobre otros que configuran la obra narrativa de Fernando Vallejo se han realizado significativas y numerosas reflexiones que han contribuido a ampliar la perspectiva interpretativa de la misma. Entre esas varias miradas está la de Andrés Forero (2011) quien, en su trabajo de tesis doctoral, desarrolla la idea de cómo se vinculan en su discurso narrativo dos elementos que –para el autor– se configuran irreconciliables: “... un pasado idealizado y un presente que no puede aceptar”, desde donde se configura una postura crítica que toca la vida religiosa, la política y, en general, a todas las instancias de la sociedad colombiana; y donde la reconfiguración del pasado a través del recuerdo se establece como una forma de contraposición, de resistencia a ese presente abrumador que desconfigura al ser.

Por otro lado, Nicholson (2015) aborda la narrativa de Fernando Vallejo principalmente desde los textos que componen el denominado *Río del tiempo*, a partir de los cuales piensa en el carácter realista de su obra y en cómo este realismo se establece como una forma desestabilizadora de los discursos dominantes.

Una revisión –también al discurso que opera el novelista–, pero con el ánimo de identificar en él un ejercicio rebelde, resistente..., no necesariamente sugerente y propositivo, es la que lleva a acabo Juan Carlos González (2015) en su texto; allí emparenta el discurso y la postura que asume Vallejo, con el del poeta José María Vargas Vila para identificar las posturas de resistencia y cierta iconoclastia con las que ambos escritores caracterizan su postura crítica, justificando –además– que en la acción y la “función social” del intelectual, cabe la postura, la denuncia..., no la propuesta ni la sugerencia a lo cuestionado, manifiesta, básicamente, por medio de un discurso que ataque la repetición que conlleva la totalización del discurso hegemónico.

En esa dinámica pues, algunas de las reflexiones sobre la obra de Vallejo han sido realizadas desde la configuración de su discurso y en relación con su función social, religiosa y política; solo el ejercicio reflexivo de Herlinghaus (2006) se enfoca en el asunto de las matrices religiosas que aparecen en la novela y en trascender la evidencia de un tema como el sicariato adolescente, para plantear el asunto en relación con los conflictos de “sí mismo”, vinculados con un mundo des-configurado.

En consonancia, esta propuesta plantea una mirada que no se había tenido en cuenta, quizá porque entre tanta bala, visitas a iglesias y noches apasionadas poco podría pensarse en ello. El asunto de los vínculos y las relaciones machismo-feminismo o, mejor, de las relaciones entre lo masculino y lo femenino², de las formas como son presentados y manejados, de la funcionalidad que tienen, en ese espejo, –“imagen paralela” de

la realidad–, se desea reelaborar en la novela de Vallejo.

En Antioquia, el asunto del “matriarcado” se da como un hecho y un fenómeno social real, es decir, no es un sofisma de distracción que pretenda atenuar el machismo –que por supuesto existe–; aun así, el poder selectivo, seleccionador, de decisión como ejercicio de poder en el ámbito público es masculino. La mujer funciona como “mantenedora” del orden y del poder masculino, es quien asume la responsabilidad de transmitir las tradiciones y las costumbres, la que se encarga de “dar consejos” para la vida, pero, aunque su poder de decisión es amplio, la última palabra recae en el ejercicio masculino.

En relación con el asunto religioso, en el que la función y la simbología de lo sagrado son siempre masculinas, la figura “mariana”, María, María Auxiliadora más concretamente, aparece como una mediadora, poderosísima, pero mediadora; cargando al niño Jesús, pero sometida a Él como cabeza de la iglesia, como poderoso señor que abre su corazón sangrante: *“Él es Jesús y se está señalando el pecho con el dedo y en el pecho abierto, el corazón sangrando”* (VALLEJO:1994,8); en esta imagen y en la que la precede inmediatamente en el relato –la del cura que entroniza el cuadro–, logra percibirse que la funcionalidad, la representatividad de lo sagrado tienen rostro de hombre, no de mujer, son indicios de masculinidad, y en esa medida, lo sagrado está al servicio de la figura masculina y de todo con lo que esta figura tenga que ver, en este caso con la muerte y con la homosexualidad, para justificarlas o para desafiarlas.

Es que yo estudié con los curitas salesianos del colegio El Sufragio, con ellos aprendí que la relación carnal con las mujeres es el pecado de la bestialidad, que es cuando se cruza un miembro de una especie con otra, como por ejemplo: un burro con una vaca (Vallejo, 1994, 21).

2 Las reflexiones llevadas a cabo por Norma Fuller se adhieren a otras voces y reflexiones: Mara Viveros, Marta Lamas entre algunos otros que han profundizado en el asunto de las identidades y el género en relación con sus imaginarios culturales y las funciones sociales. Todo esto en el marco de lo que ha sido lo femenino en el “universo” masculino de América Latina, sus funciones, sus roles; los valores y actitudes asignados desde donde aparece estructurada una voz que evidencia la crítica con la que buscan reivindicar su constitución como sujetos sociales –individuales y colectivos– con una identidad y una conciencia que interviene directamente en la construcción de la historia y en los ajetreados cambios de la misma.



Así, parafraseando a Norma Fuller, *el marianismo y el machismo, en cuanto a complejos naturales, expresan los símbolos centrales de la feminidad y la masculinidad en esta región*; naturales en la medida en que son determinados y mantenidos por la cultura, en la cual el hombre, como ser social, tiene la capacidad de “retar” a la muerte, como algún chamán amazónico que se desdoblara en el acto del mambeo; una figura “inmortal” del hombre que ha confrontado a la muerte...

El difunto, así llamado porque en un salón de billares lo encendieron a plomo y le empacaron 4 tiros y murió, pero no, cuando estaban en el velorio, borrachos los parceros, abrazados al ataúd y cantándole ‘Tumba humilde’ con un trío, tumbaron el ataúd que al caer se abrió y al abrirse salió el muerto... (Vallejo, 1994,50).

Las formas simbólicas son tomadas como metonimias que representan más de lo que simplemente señalan como hecho, el valor y la fuerza viril.

[...] el difunto pálido, pálido dicen, y que con una erección descomunal. Esto en términos psicoanalíticos, yo lo llamaría el triunfo de Eros sobre Thánatos. Al difunto también me lo regalaron y no eran sino restos de lo que fue, pero qué, quien se resiste a acostarse con el ahijado de la muerte (Vallejo: 1994, 50).

Ahí, la simbología, la metonimia sobrepasa el universo narrativo (diegético) del relato, para hacerse parte del mundo real representado: el tema de Cheo Feliciano, ese de “humildemente una flor de llanto quiero dejarte, para que sepas que yo te quiero, para que sepas que yo más nunca voy a olvidarte...” desde donde es fácil imaginarse las “galladitas” de pelaos, de “parceritos” escuchando a algún otro, a la orquesta Narváez, quizá, pero donde, igual, la fuerza sigue residiendo en el hombre, grupos donde los rituales son profundamente masculinos: los punkeros, los metaleros, el rezo de las balas o las “bebetas” de

sangre de gato a media noche para hacerse más ágil que el mismo gato, como lo referencia Alonso Salazar en *No nacimos pa’ semilla*.

Al fin y al cabo un hombre no puede darse el lujo de tener una conciencia moral demasiado fina o si no, no podría cumplir con sus obligaciones para con su familia en la lucha por la existencia (Fuller: 1995, 242).

De esta manera, el hombre de la sociedad latinoamericana influenciado por la tradición mediterránea, pero influenciado, además, por otros ascendentes culturales tan propios de la Modernidad, ejerce el poder, pone de su parte las creencias religiosas populares, acomete ritos metafísicos y ejerce la muerte y el homosexualismo como formas eminentemente masculinas, pues no niegan la feminidad, solo la desplazan y, en esa medida, la cosifican al situarla en los puntos extremos de su propia concepción de mundo, como los dos vértices de un universo ovoide, es decir, a un lado “María”, intercesora ante la divinidad suprema, y por el otro, la figura materna en la que se recogen (hermana, abuela, etc.), ambas asexuadas, y en esa medida respetables e inexistentes en el universo masculino, en ese universo del “afuera”, del “no hogar”, de cantinas como la Bombay, donde solo penetran las mujeres en boca de Olimpo Cárdenas o las putas, las brujas subversivas, negociadoras de placer que son tan o más inferiores moralmente que los hombres, pues la conducta sexual “indebida” en una mujer es ya, y de hecho, un potente riesgo para ella y para el grupo al que pertenece.

Al darle un lugar “sagrado” a la mujer de “verdad”, el mundo activo de los hombres se expande; la figura de la mujer se hace “estática”, estática en el hogar y en la iglesia; la “cucha”, la madre angelizada, sacralizada se potencia hasta el punto de “supermaternalizarse”.

Esto se hace más evidente cuando la figura del padre no existe, no está; cosa muy común entre los

muchachos de las comunas, entre los muchachos como Alexis. Alexis, ese nombre con el que su mamá quiso exorcizar su miseria en un sueño, en un sonido extranjero.

El papel del grupo, del “parche”, de la “gallada”, cobra importancia en esa medida para el muchacho, pues *“el grupo de amigos se vuelve entonces una fuente de seguridad, aceptación social e identificación varonil para el joven”* (Fuller: 1995, 245); la madre, en cambio, ocupa el lugar que culturalmente le corresponde, se enfatiza como “directriz moral”, como mantenedora de las costumbres y las tradiciones del hogar, al cual el muchacho se “ancla”, mientras vuela como cometa por el mundo androcéntrico de la cultura que lo rodea; de esta manera la mujer tendrá que ocupar el lugar de la madre, mientras que el hombre, sin un referente masculino presente, tendrá que asumirse como hijo.

En el caso del varón, cierra la posibilidad de llegar a ser, en concreto, un padre que establezca vínculos afectivos, fraternos, amorosos con su descendencia y su familia. El sólo va a encontrar un “sentido” en lo público, en el “discurso”, en aquel territorio donde mora simbólicamente lo masculino en el lugar de las cosas importantes. Entonces el hombre no podrá escapar de la calidad de vástago, no “crecerá” puesto que su identidad de hijo es lo único que le permite realizarse como persona real (Fuller: 1995, 244).

De esta forma, la relación madre presente-padre ausente-hijo conforma una tríada edípica que establece una identificación plena y total con la madre como único modelo tangible a seguir, pero, al tiempo, figura que culturalmente tendrá que rechazar para ser “varón” en todo el sentido social, para imaginarse al padre, que solo será, como dice Lacan: “un nombre en boca de la madre”.

Desde ahí parece posible explicar además la actitud frente a las mujeres:

Me preguntó si me gustaban las mujeres, le contesté que sí y que no, que dependía...

—¿De qué?

De sus hermanos. Le expliqué, en serio, que por cuanto a la fisiología se refería, las únicas dos con las que me había acostado sí, sí me habían gustado, pero que ahí acababa la cosa, pues más allá no había nada, porque para mí las mujeres eran un coco vacío, como si no tuvieran alma y que por eso con ellas era imposible el amor. Le pregunté si a él le gustaban las mujeres, NO, contestó con un NO tan rotundo, tan inesperado que me dejé perplejo, y era un no para siempre (Vallejo: 1994, 24).

En relación con el imaginario popular sobre los sicarios de Medellín, parece claro que ellos no consumen marihuana, ni cocaína, ni cigarrillo, pero es claro que no son homosexuales; es más, son monógamos; con ello la dimensión que adquiere el “homosexualismo” en el relato cobra un carácter simbólico de lo masculino, pues la mujer —como se refiere anteriormente— se ve asexuada en el universo masculino del sicario, en la medida en que existe como madre —pareja— o santa, pues, parafraseando nuevamente a Fuller, *ella sabe que desde siempre es una madre y que no podrá establecer un vínculo con los hombres sino en cuanto a hijos, de allí la privación de su sexualidad y de una relación simétrica con sus pares masculinos*, mientras que las relaciones masculinas aparecen como una forma que parece controlar el mundo, el tiempo; las relaciones con la mujer, en cambio, aparecen como una distracción de lo “serio”, como una prisión que atrapa al hombre y lo separa de su labor de hombre y de sus “funciones” sociales, así estas sean matar.

Es de poca caridad ya se, exhibir la dicha propia ante la desgracia ajena, contarle historias de amor libre a quien vive prisionero, encerrado, casado con mujer gorda y propia y 5 hijos comiendo y jodiendo (Vallejo: 1994, 28).



La “fobia” –por denominarla de alguna forma– no es en sí a la mujer, a lo femenino, sino a lo que representa, a lo que remite, pues –como lo afirma Karina Gallegos Pérez³ “cuando se descalifica a una mujer en la esfera pública, no es necesariamente porque subvierta las jerarquías, sino porque no se maneja con los mismos patrones morales y no será capaz de entender que en esta arena los valores morales se relajan”; no entendería “jamás” ese universo de Alexis, de la *Laguna azul* (Wilmer), del serpentario que es el país por tanta culebra; no creería eso de que “a mí, la muerte me hace los mandados”, ni que “no somos nada, que somos una pesadilla de Dios que es loco...”, pero donde definitivamente ni hombres ni mujeres parecemos concebir otra forma de realidad que no sea la que ya habitamos y configuramos discursiva y simbólicamente.

● Bibliografía

Amorós, Celia. 1985. *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Antrophos, Barcelona.

Fernández, Ana Ma. (Comp.), 1992. *Las mujeres en la imaginación colectiva: una historia de discriminación y resistencias*. Paidós, Buenos Aires.

Forero Gómez, Andrés Fernando. 2011. *Crítica y nostalgia en la narrativa de Fernando Vallejo: una forma de afrontar la crisis de la Modernidad*. Tesis PhD. Universidad de Iowa. <http://ir.uiowa.edu/etd/964>.

Fuller, Norma. 1995. “Polaridades entre marianismo y machismo”. En *Género e identidad: Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Ed. Uniandes y Facultad de Ciencias Humanas Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Gilbert, Eva. 1992. “Parto sin temor: el poder que perdemos”. En Ana Ma. Fernández (comp.) *Las*

mujeres en la imaginación colectiva: una historia de discriminación y resistencias. Paidós, Buenos Aires. Pp., 256-300.

González Espitia, Juan Carlos. Vallejo, Vargas Vila. Oposición, redundancia. En *Cuadernos de Literatura* Vol. XIX, n.º 37, enero-junio 2015. Bogotá. Pp.185-203. <http://revistas.javeriana.edu.co> doi:10.11144/Javeriana.cl19-37.vavi.

Herlinghaus, Hermann. “La construcción del nexo de violencia y culpa en la novela La virgen de los sicarios”. (Traducción del inglés: Ana Rita Romero). *Revista Nómadas*, n.º 25, octubre de 2006. Universidad Central. Bogotá, pp. 184-204.

Nicholson, Brantley. Un idealismo en contra de sí mismo: los enigmas de Fernando Vallejo. En *Cuadernos de Literatura* Vol. XIX n.º 37, enero-junio 2015. Bogotá. Pp. 136-148. <http://revistas.javeriana.edu.co> doi:10.11144/Javeriana.cl19-37.uics

Riquer, Florinda. 1992. “La identidad femenina en la frontera entre la conciencia y la interacción social”. En María Luisa Tarrés (comp) *La voluntad de ser: mujeres en los noventa*. El Colegio de México, México. D. F., pp. 51-64.

Santos, Luis. 1995. “Deseo, ley e identidad”. En Arango, L. León, M. Viveros, M. (eds.) *Género e identidad: Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Ed. Uniandes y Facultad de Ciencias Humanas Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Vallejo, Fernando. 1994. *La Virgen de los sicarios*. Madrid: Alfaguara.

3 <https://es.scribd.com/document/319242595/Mono-grafi-a-Masculinidades>